

PUNTOS CARDINALES

par en el Gobierno. Los diferentes partidos del orden constitucional —socialistas, republica-

nos, socialdemócratas— han concluido en que Italia sólo puede salir adelante de sus crisis —social, económica, política; crecimiento del marginalismo y del terrorismo— mediante un Gobierno de salud pública en el que intervengan, también, los comunistas. La secretaria general del PC ha intentado levantar su veto de lustros al PCI: el discurso de Zaccagnini al inaugurarse el Congreso Nacional ha ido en ese

sentido (véase información del Congreso en el número anterior de TRIUNFO y en éste). Pero el veto de Estados Unidos, el de Alemania Federal, las presiones de la OTAN, parece que está haciendo imposible esta solución, que ha quedado pendiente de resoluciones del Consejo Nacional. Con ello está pendiente la solución de una crisis institucional —había un plazo de acuerdo de todos los partidos para sostener

al Gobierno Cossiga hasta después del Congreso de la DC— y, lo que es más trascendental, la posibilidad de una soldadura en la opinión pública italiana, a través de sus partidos, para hacer frente a la situación. Sin estos acuerdos, Italia puede volver a ser ingobernable. Pero la invasión invisible tiene en cuenta, sobre todo, los intereses del centro de decisión lejano a Roma, exterior a Italia. ■

La R.F.A., en el ojo del huracán

ERAN hasta hace poco la común pesadilla de socialdemócratas y liberales en el Gobierno. Pero las tropas soviéticas entraron en Afganistán, y hoy ya prácticamente nadie habla de los "verdes" en la RFA.

En cierto modo, ya se lo había advertido el filósofo y disidente germano-oriental Rudolf Bahro en la reunión que aquéllos celebraron, hace unos meses, en Offenbach.

La defensa ecológica es algo muy importante, les dijo en aquella ocasión el autor de *La alternativa*, pero más inmediatamente vital que la lucha contra las centrales nucleares, es la defensa de la paz mundial.

Los dirigentes socialdemócratas trataron también, por su parte, de descalificar a los "verdes", acusándolos de no tener otro programa que el ecológico: en cuanto se plantearan otras cuestiones, los "verdes" no tendrían más remedio que callarse.

Los hechos han venido a dar razón, al menos por el momento, a quienes criticaban al movimiento "verde", ahora transformado en partido a escala federal.

Hoy, la prensa alemana ya se encarga de ello, son otros los problemas que preocupan a la opinión pública de este país, y al primero es sin duda el de la posible respuesta occidental a la intervención soviética en Afganistán.

En los telediarios y en los primeras páginas de los periódicos de todas las tendencias, el tema del boicot a los juegos de Moscú aparece como el obsesivo "leit motiv" que guía la información.

La esquizofrenia de la política alemana

Todos los días se producen aquí declaraciones, contradicciones y desmentidos, que no hacen sino confundir a quienes se ocupan de la actualidad política. Y es que, desde la reciente cumbre de París entre



Schmidt, que desearía mantener una postura de mayor independencia, con Cyrus Vance.

Giscard y Bonn y su amplia cohorte de ministros, la política alemana se caracteriza por una especie de esquizofrenia.

Un ejemplo lo tenemos en las reacciones, en los propios medios oficiales de la RFA, unas recientes críticas supuestamente dirigidas a Washington por el canciller Schmidt durante una reunión a puerta cerrada del grupo parlamentario socialdemócrata.

Según ciertas filtraciones más o menos interesadas, Schmidt calificó de "imprevisible" la política exterior de Carter, y acusó a Washington de colocar siempre a Europa frente a hechos consumados.

Tales supuestas declaraciones fueron parcialmente desmentidas al día siguiente. Según un portavoz del Gobierno, Schmidt no había utilizado en ningún momento la palabra "imprevisible", aunque sí se había referido a cierta descoordinación existente entre los aliados.

A partir de ese momento, sin embargo, comenzaron a publicarse protestas oficiales de fidelidad a Washington, declaraciones suscri-

tas en su mayoría por el ministro de Asuntos Exteriores, Hans-Dietrich Genscher, del partido liberal (FDP).

Al mismo tiempo, la prensa daba especial relieve al rechazo por el canciller Schmidt del contenido de una carta transmitida por el embajador soviético y en la que se instaba a su Gobierno a desengancharse del carro americano si es que seguía interesado en el mantenimiento de la "détente" en Europa. Pues boicot y "détente" eran, según los dirigentes del Kremlin, objetos irreconciliables.

¿Quién finlandiza a quién?

El gesto del canciller y la publicidad dada por la prensa germano-occidental a ese rechazo se entienden sobre todo por la especial sensibilidad que existe en este país respecto de los temores, tantas veces expresados por Washington, de una supuesta "finlandización" de Alemania Federal.

Sin embargo, y como una prueba más de esa esquizofrenia política a

que nos referimos, sólo unos días antes, el ministerio de Asuntos Exteriores había acogido como "un signo positivo" la propuesta polaca sobre una conferencia de desarme en Varsovia.

Acogida tanto más destacable por cuanto el titular del departamento de Exteriores, Genscher, se ha distinguido siempre por su encendido pro americanismo frente a la algo más equilibrada postura del pragmático Schmidt.

El canciller no oculta, en efecto, que en el tema del boicot, la República Federal tiene mucho más que perder que Norteamérica, ya que su comercio con el Este arroja un saldo enormemente positivo.

A Schmidt le gustaría mantener una postura de mayor independencia, dentro de una coincidencia general de intereses, como la que caracteriza al Gobierno francés, pero se ve obligado a seguir, aunque sea muchas veces a regañadientes, los pasos de Washington.

Se habla estos días mucho de "finlandización", pero la pregunta que puede hacerse es: "¿Quién finlandiza a quién?"

Aunque de manera oficiosa, aquí se considera como precipitada y poco menos que histórica la respuesta norteamericana a la invasión soviética de Afganistán.

El ultimátum de Carter no ha dejado a los soviéticos la mínima posibilidad de una salida airosa, y algunos comentaristas recuerdan cómo, con motivo de una crisis de parecida gravedad (la de los misiles soviéticos en Cuba), el Presidente Kennedy dejó una puerta abierta a Jruschov, ofreciendo la retirada de ciertos misiles de Turquía.

Carter se ha dado cuenta de lo políticamente rentables que le resultan sus gestos de fuerza, y está decidido a explotarlos como sea. El problema es que también Schmidt debe enfrentarse este año a unas elecciones y aquí es el problema de salvar la "détente" lo que realmente importa. ■ JOAQUÍN RABAGO.